

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

Dedicatoria:

A Xabier Senín, protector de escritores

I. LA CIUDAD PERDIDA

Con su pistoneo indolente y cansino, la barcaza se dejaba llevar a favor de las aguas. Plana, basta, despintada, con líneas negras de brea a la vista entre las tablas, era a penas un despojo de la civilización surcando las venas de la selva.

Bajo un cobertizo de palmas mal dispuestas que temblaban al compás del motor, los dos últimos pasajeros contemplaban el estiaje.

Había ido dejando de llover y el río se desangraba. Sobre el nivel del líquido castaño, se elevaban el oscuro casi negro de las barrancas y el blanco refulgente de las playas. Los árboles de la ribera, con las raíces socavadas, hacían el último intento, a veces fallido, de no precipitarse al agua; y sobre las playas se disputaban derechos territoriales aves, saurios y quelonios: reunidos por especies y grupos, gaviotas, caimanes y tortugas se disponían a desovar.

Era el anuncio de la seca, el brevísimo invierno ecuatorial. Lo sabían los pasajeros, el patrón y su ayudante. Y callaban, sirviéndose —quienes lo tenían— del vicio del cigarro para matar el tiempo quedo de la tarde.

Cuando el sol ya se ocultaba tras de la masa de la breña, surgió un vientecito de cara que hizo despabilar a la barcaza, obligó al patrón a estirar el cuello en busca de troncos a la deriva y debió recordar a su ayudante que había llegado la hora de ocuparse de las luces. El negro conectó el foco de proa y, pidiendo permiso, enroscó la bombilla que colgaba de un palo del cobertizo, para que el "padre" y el "doctor" se pudiesen seguir viendo derrengados sobre sus sillas de lona.

Traídos por la luz a la realidad inmediata, el misionero y el geólogo se observaron de nuevo, como si aún no se hubieran acostumbrado al extraño de enfrente que durante días había formado parte de la carga variada de la embarcación en que ambos venían buscando puerto de salida y un barco de verdad.

A la luz amarilla de la lámpara, el misionero remiró al geólogo: desmirriado, con la camisa abierta, los ojos hundidos tras las gafas, fina barba gris, pelo recio y encanecido; en una mano el cigarro, la petaca de licor en la otra... Y el geólogo contempló a aquel cura enorme,

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

mantecoso, rubio, calvo, con barbas rojas que le cubrían el pecho y con un rosario que hacía correr sobre la sotana blanca...

Se sabían diferentes, alejados el uno del otro por creencias e increencias, pero unidos por una realidad común: la jungla sin horizontes.

El cura fue el primero en hablar. Parado el rosario en su mano, murmuró de prisa el final de la letanía y formuló una pregunta contenida durante mucho tiempo:

—Señor Chaves, permítame el atrevimiento: llevamos hablando tanto tiempo y todavía no sé... ¿en qué trabajaba usted, concretamente?

Su interlocutor esbozó una sonrisa con la boca torcida y los ojos arrugados, y no respondió. Observó la reacción del misionero a su silencio mientras fumaba.

El misionero también sonrió, desconcertado; hasta que de nuevo se atrevió con otra pregunta:

—¿Oro?

Ahí Chaves fue rotundo:

—No, padre Connally... —miró con cuidado a su alrededor y, seguro de que no lo oían, amplió la sonrisa para preguntar:— ¿Le puedo pedir secreto absoluto, aunque no sea de confesión?

—Si así lo quiere...

—Está bien, padre. Lo que le voy a contar es un secreto nacional, y usted es extranjero...

—Por favor, no me llame extranjero. Ya le he dado lo mejor de mi vida a este país.

—Para nada.

—¿Cómo?

—Perdone, padre, pero no puedo entender por qué no dejan a los indios en paz —intentó aclarar Chaves, sabiendo que se alejaba a propósito del hilo de la conversación—. Los pobres indios son felices con sus tabúes y sus espíritus, y con sus plantas alucinógenas. Se divierten andando desnudos y matándose entre ellos, y robando mozas de las tribus vecinas. Son tan sinceros que ni conocen el prejuicio de la piedad.

—Señor Chaves... —la voz del clérigo se elevó en tono de protesta. El ayudante del patrón levantó la cara renegrida de la sartén en que freía el pescado—. Señor Chaves, no todos somos ateos; y, entre los que creemos, muchos pensamos que el mensaje de Cristo ha de llegar a todos los hombres. Y nuestros indios son hombres como los demás, ¿o no?

—Puede que sí, padre; aunque a veces yo tenga mis dudas.

Se callaron. Anochece: algún vuelo de garzas concentraba restos de claridad en la

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

albura del plumaje, y la muralla de la selva se hacía negra. Ya se confundían las especies vegetales de la orilla, no se distinguían ya los pólipos de las raíces sobre las barrancas. Cuando la barcaza se aproximaba a la costa por seguir los caprichos del canal, se sentía el sordo rumor de la vida nocturna en el bosque. De cuando en cuando resonaba el alarido de un macaco. A veces, el vuelo quebrado de un murciélago se acercaba a la embarcación, golpeteando el aire con más fuerza que los humos de escape del motor.

El geólogo tuvo una sensación de escalofrío que no se concretaba. Se vio de nuevo en las galerías de la arboleda, intentando seguir rumbos sobre la alfombra de hojas muertas, buscando claros desde los que determinar las coordenadas de puntos perdidos en aquella inmensidad.

Y en su mente hizo eco la sinfonía torpe del contador Geiger, el crepitar que se aceleraba y desaceleraba como indicio de mayor o menor densidad de partículas alfa, más o menos reactividad bajo la capa vegetal.

El contador Geiger-Müller: lejos quedaban los años alegres de la facultad, donde el invento de Geiger, que Müller había perfeccionado, era sólo eso, un invento, no un instrumento de poder, de duda, de miedo...

De repente se sintió descortés y volvió a la conversación:

—Padre Connally, no se enfade conmigo. Yo quiero comprenderlo a usted, a todos los religiosos. Hasta me gustaría tener fe y dejarme matar por los indios para que el martirio justificase mi paso por el mundo.

El sacerdote sonreía, bonachón. Se peinó la barba con los dedos y volvió a preguntar inocentemente:

—¿Cuál es el secreto?

—Uranio —le confió Chaves bajando la voz.

La cara del padre Connally reflejó asombro, miedo. Se santiguó y murmuró:

—Por Dios, por Dios, no me diga que uranio... Aquí también.

—Queremos hacer un país poderoso, padre —explicó Chaves, creciéndose, seguro de si—. Pero no piense en Hiroshima. La energía atómica se puede... diría yo... dosificar. Mire: un kilo de uranio contiene la energía de miles de toneladas de carbón. Imagine las ciudades iluminadas y las fábricas funcionando con la energía que saliera del uranio... Esta selva siempre estuvo en la mente de todo el mundo como una reserva de las riquezas que se conocían en cada momento de la Historia. Aquí se vinieron a buscar oro y piedras preciosas, maderas duras como el hierro o ligeras como plumas; y después la maravilla del látex, elástico e impermeable...

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

Ahora ha llegado el momento del uranio. Por eso andamos recorriendo la breña en busca de indicios de donde pueda haber el mineral. Tenemos que descubrir dónde hay yacimientos con concentración suficiente como para que merezca la pena explotarlos...

El misionero callaba, absorto en meditaciones que Chaves no quiso interrumpir. Tal vez el padre Connally recelase que el uranio buscado acabara en usos alejados de la paz y el progreso; quizá pensase que, como el oro y los diamantes, terminaría siendo un nuevo motivo de muerte y miseria para los indios, y para los civilizados que desafiaban el misterio de la masa verde. En la selva, cada nuevo descubrimiento se cimentaba sobre un sin fin de cadáveres: con los buscadores venían la prostitución, el alcoholismo, la tuberculosis, el asesinato.

El geólogo respetó el silencio de su compañero de viaje. Olía a pescado frito. Había entrado la noche, y el patrón maniobraba hacia una ensenada. Chaves se vio de nuevo en la claridad difusa de la fronda, escuchando el bombardeo del contador Geiger, anotando medidas allí donde la intensidad lo requiriera, sin apartar el ojo de la gente contratada para protegerlo, tipos de los que desconfiaba porque los imaginaba sumidos en cavilaciones a cerca de lo que él pudiera estar buscando: tal vez, oro, pensarían; oro descubierto con trampa y ventaja, con un aparato misterioso, sin necesidad de cavar y lavar arenas durante horas y horas, doblando el espinazo sobre el fango.

La codicia de los hombres le parecía ridícula. Porque buscar oro no compensaba la fatiga y el miedo. Buscar diamantes, tampoco. Y uranio, menos todavía.

Para todo se arriesgaba demasiado: la vida a cada instante. El mundo vegetal, en una lucha continua, buscaba el sol valiéndose de todos los medios, de la fuerza propia y de la ajena. Las plantas medraban aprovechando el descuido de las vecinas, robándose sabia unas a otras. Y, a su sombra, los animales se enredaban en un continuo matar para vivir en que la debilidad y el sueño eran fatales.

Mientras los hombres perseguían quimeras, los bichos atacaba sin descanso: del mosquito a la culebra, de la serpiente a la onza, de la araña al vampiro, de la hormiga al buitre, todos, legión maldita, se lanzaban sobre el intruso en un intento colectivo de destruirlo. Y con ellos, artero y sigiloso, escarmentado, el indio participaba en el asedio...

El geólogo desenroscó el tapón de la petaca y bebió un trago de güisqui.

Lo necesitaba. Porque estaba harto de buscar por la selva bruta riquezas que, si se encontraban, aún había que extraer, moviendo masas de tierra, gastando energías difíciles de justificar en muchos casos.

Cuando paró el motor de la barcaza, Chaves imaginaba un anillo de oro y brillantes en el

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

que se concentraban vidas y esfuerzos, sudores e ilusiones: el anillo era la cumbre de una pirámide, la corona de un pináculo...

Con maestría, el patrón ancló en medio de la ensenada, en el punto donde el oleaje era leve pero aún corría brisa suficiente como para ahuyentar a los mosquitos.

De la floresta llegaba un murmullo mezclado de requiebros de amor y voracidades de las fieras; del agua subía un leve son de olitas y, de cuando en cuando, el chapoteo de los peces. El padre Connally parecía sumido en un letargo del que lo vino a sacar el patrón con una oferta olorosa de limonada y aguardiente:

—Es para abrir el apetito, padre.

—Gracias, Barroso, gracias.

Bebieron todos, incluido el ayudante, que iba y venía del fogón a la mesa trayendo el pescado, el arroz, la harina y la cerveza. El hombre había instalado una mesa con el centro bajo la lámpara del toldo, y a ella se acercaron los pasajeros arrastrando sus asientos.

El patrón Barroso se dejó caer en la silla, se sirvió cerveza, bebió, chascó la lengua y, con una sonrisa simplona iluminándole la cara redonda, lampiña, aindiada, anunció:

—Si el viento no trabaja mucho en contra, señores, pasado mañana podrán dormir en tierra y en una buena cama.

—Dios lo oiga, Barroso —deseó el cura, mojando los labios en la espuma de su vaso.

—Ya va siendo hora —comentó Chaves—. El día que me vea bien bañado y durmiendo con pijama, no me lo voy a creer.

El ayudante les sirvió el pescado y la guarnición, y comenzaron la cena. Barroso parecía más inclinado a la plática:

—Espero que no pasasen miedo en el Rápido de las Tortugas. Cuando empieza la seca, siempre es así: el agua se encajona y complica la navegación; pero ya han visto cómo aguanta nuestra *María Alegre*.

—Algo recé, si quiere que le diga la verdad —confesó el misionero, con una corta carcajada, antes de volver al pescado.

Chaves se calló y los otros lo miraron, esperando su comentario. El geólogo bebió cerveza con avidez, a pesar de resultarle demasiado caliente para su gusto. Se limpió la boca con el mantel que le daba asco, de tan usado, después de una semana de navegación; y, como no dejaban de observarlo, se vio obligado a hablar:

—Ese rápido es la parte más impresionante del viaje. De repente aparecen los bultos de los Gemelos y el río trata de estrecharse para pasar entre ellos... Lo que me pregunto es cómo

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

harían las embarcaciones para subir el rápido cuando no había motores potentes.

—Pues, antes de que hubiese barcos con potencia, intentaron lo del ferrocarril —explicó Barroso—. Eran tiempos buenos del látex, cuando sólo se recogía aquí y todo el mundo andaba detrás de nuestra goma. Entonces, los de la *Rubber* pretendieron hacer un ferrocarril que daba la vuelta por detrás del Gemelo Pequeño. Querían armar dos puertos, uno a cada lado del monte, y comunicarlos por ferrocarril. Así daba lo mismo bajar el látex que subir los suministros para los seringales donde se recogía la goma. Pero las fiebres y los indios mataron a muchos cristianos que venían a las obras. Aún se puede ver lo que queda de uno de los puertecitos, y algo de las vías; y hay un cementerio lleno de nombres de gringos, porque, por lo visto, primero se encargaba de abrir el monte una empresa francesa, y después una americana... —hizo un alto y dirigió la mirada, acusadora, contra el padre—. Hubo muchas dificultades, y, encima, los ingleses nos robaron las simientes de la seringa y se las llevaron a sus colonias. Todo eso fue el fin de las obras, porque ya no tardó nuestra goma en tener competencia, y cayeron los precios...

—Barroso —interrumpió el misionero—, yo soy irlandés, no inglés, amigo.

El mestizo se quedó quieto, como intentando entender las diferencias entre gringos de una u otra casta, hasta que lo sorprendió la intervención de Chaves:

—¿Y antes de que se intentara lo del ferrocarril? —preguntaba el geólogo con tono de profesor que ya sabe la respuesta.

Barroso siguió callado un momento. Luego, con una chispa de inteligencia en sus ojos rasgados, respondió:

—A vela y remo, doctor Chaves. Esperarían a que el viento ayudara y, si las embarcaciones eran de porte, echarían lanchas y subirían remando, remolcando a la mayor. Si me disculpa, yo pienso que ningún barco subió por este río hasta que se inventó el vapor.

—Pues piensa mal, Barroso —aseguró el geólogo, que en seguida se inclinaba sobre el plato para olvidarse de los compañeros mientras comía.

Cenaron, sin más conversación. El sacerdote hizo unas caritativas alabanzas del arte del cocinero y el geólogo pidió aguardiente para mezclarla con la cerveza "al estilo holandés". Por fin, Chaves pareció salir de su ensimismamiento con la copa y el cigarro de postre.

Se le había animado el rostro. Por detrás de los lentes, la luz tacaña de la bombilla aún permitía verle sus ojos, alegres y soñadores. Y hablaba con la lengua suelta de quien ha calentado el espíritu con la bebida:

—Este río lo navegó mucha gente antes de que naciese Watt, o sea, antes de que nadie se pusiera a cavilar si el vapor servía para algo más que para levantar la tapa de la olla. ¿Y saben

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

por qué? Por la "Ciudad de los Césares". No se sabe por qué le llamaban de los "césares", en este Nuevo Mundo donde semejante título era desconocido, pero tanto las crónicas de los castellanos como las de los portugueses le llaman así a una ciudad llena de oro y pedrerías, perdida en la selva... —hizo un alto y observó la perplejidad de sus contertulios: Barroso había dejado de exhalar humo y redondeaba los ojos mongoles; el cura estaba paralizado, con una ceja levantada sobre el ojo claro. Chaves prosiguió—: Las leyendas dicen que esa ciudad la construyeron indios huidos del Perú después de que los derrotaran los españoles. Los conquistadores la buscaron durante siglos. Los españoles bajaban por el río desde Perú; los portugueses corrían río arriba. Tanto los unos como los otros hacían expediciones por el río para fijar las fronteras de sus dominios, y en todas ellas andaba el nuevo "Eldorado" llenándoles el magín a los que se arriesgaban a meterse por estos laberintos... Por eso le he dicho, Barroso, y discúlpeme usted también, que estaba equivocado.

Silencio. A lo lejos seguía el rumor de la espesura. En la barcaza sólo se oía entrechocar la loza lavada por el ayudante del patrón.

Chaves bebió otro vaso de caña. El misionero lo observaba preocupado mientras se peinaba las barbas con los dedos. Parecía dispuesto a preguntar algo. Y lo hizo:

—Señor Chaves, ¿puede tener base real esa historia?

—Yo creo que sí, padre. No es extraño que parte de la nobleza del imperio inca se trasladase con sus conocimientos y sus pertenencias a donde los castellanos no se atreverían a entrar. Aún más: si se habla de grandes cantidades de oro y pedrerías, tampoco hay que pensar que las trajeran de Perú. Esta selva endiablada está llena de oro y diamantes. Del mismo modo que se extraen ahora, también los incas pudieron sacarlos. Quizá entonces encontraron los yacimientos más fáciles... —calló. Parecía vacilar. Hizo ademán de seguir, pero se cortaba. Hasta que se decidió, adoptando un tono de confidencia—: Hay una "relación" del siglo XVII que aporta datos definitivos. Algunos creemos que a esas alturas aún estaba viva la "Ciudad de los Césares". Lo que ya no podemos creer es que, con tantos vuelos como se han hecho en los últimos años, pasase inadvertida una verdadera ciudad en medio de la selva. Es posible que ese pueblo se extinguiera y que la breña se haya tragado sus construcciones. Quizá nunca encontremos la "Ciudad de los Césares" aunque andemos cerca de ella. Eso es lo que me duele. Tanta gente matándose por las pepitas de oro o por los diamantes, o ahora por el ur... —se cortó, mirando al cura con un gesto de complicidad—. En fin, matándose por una riqueza dispersa, esparcida, cuando la podían encontrar concentrada: un tesoro inca...

El viento había amainado, y unas mariposas torpes vinieron a chocar contra la lámpara.

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

El patrón se secó la transpiración de la frente y se alisó el pelo rebelde, de mestizo.

—La "Ciudad de los Césares"...—pareció recuperar algo ido de su memoria hacía mucho—. Eso sería lo que buscaba aquel gringo, el inglés. Le oí hablar del caso a mi padre.

—Eso era, Barroso, eso era —aseguró Chaves—. De ese inglés, Garrett, aún sabemos algo. De los que no sabemos nada es de los otros muchos buscadores que acabaron perdidos en la selva antes que él. Pero todos venían soñando con un gran golpe de suerte, como los que se metieron a hurgar en las pirámides de Egipto. A fin de cuentas, todo el mundo quiere lo mismo: amasar una fortuna y disfrutar de ella mientras dura la vida. Porque en esta vida sabemos de qué podemos disfrutar. De la otra, poco sabemos... —miró al cura, provocador, sin que la masa del padre Connally se conmoviera: el misionero se levantaba de la silla con la mirada clara y ausente.

—Discúlpenme señores —rogó en tono cortés, y se alejó hacia la proa de la barcaza.

Chaves y Barroso se quedaron fumando y bebiendo aguardiente. El ayudante metió su rostro de negro desdentado en la claridad de la lámpara para recoger la mesa.

Poco después, colgaba las hamacas de la armadura del toldo, indicando sin más advertencia la hora de dormir.

El patrón debió entender la indicación porque se levantó, pidió permiso y se fue a meter en la cabina indiscreta que servía de retrete.

Chaves dejó vagar la vista por los alrededores. Entre las copas de los árboles y el toldo se veía una franja de cielo negro cuajado de estrellas. Corrió la silla por la cubierta hasta que toda la bóveda celeste se abrió ante sus ojos; y allí se quedó quieto, sin querer pensar. Pero pensando.

Bebía sorbos de aguardiente y pensaba en su vida: en la maldita manía de "ser algo", que lo llevó en el liceo a romperse la cabeza estudiando —mientras sus compañeros jugaban al fútbol o se bañaban— para demostrar que su cuerpo menudo no importaba; la manía que lo arrastró a las locuras de una política sin norte en los años de universidad, para sobresalir de los demás; que lo metió en las incertidumbres de la selva en busca de un golpe de suerte mientras disfrazaba de "aventura científica" su interés verdadero.

Le llamaban "doctor" y, sin embargo, se había rebajado a escamotear de las oficinas de una explotación aquel saquito de oro en polvo que casi le costó la vida. Aún ahora, pasados los años, se despertaba con la pesadilla de que lo cogían, de que lo delataba un cómplice, el hombre de la balanza y las pesitas que había quedado en reunirse con él en la ciudad y nunca lo hizo; porque sin duda lo descubrieron y le hicieron sentir el peso de la justicia brutal de los

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

buscadores.

En todos aquellos años de exponerse a la mordedura de la víbora y a la flecha del indio no había sacado más rentas que las de un poco oro robado y mal vendido. Y ahora, haciéndose el patriota, buscaba uranio ocultando la verdad: que el negocio consistía en descubrir el mineral y callar; en dar forma al expediente informando a los funcionarios de que en las áreas rastreadas sólo se habían encontrado indicios de mineral con baja concentración.

Entonces le pasaría a su jefe —ilustre general— los datos ciertos sobre yacimientos explotables. Y ambos cobrarían una buena recompensa de la sociedad yanqui que movía los hilos...

Misérias humanas.

Así era. Pero había que vivir. Y él, Torcuato Chaves, geólogo desconocido, que no asistía a congresos ni hacía publicaciones de fama, no renunciaba a un pedacito de buena vida, en la que todo le estuviese permitido.

Aunque durara poco...

Se levantó. Aligerado por la cerveza y el aguardiente, caminó hacia el misionero.

Se sentó en la borda frente a él.

Callaron.

Miraban la negrura sin fondo del firmamento: había estrellas quietas, temblorosas, y trazos de estrellas fugaces. Contemplando tanto misterio, se olvidaban los zumbidos y los cantos del bicherío nocturno, y los ruidos prosaicos de los hombres que se aviaban para dormir en la barcaza.

El sacerdote se decidió a hablar:

—Señor Chaves, ¿y viendo esta maravilla aún sigue sin creer en Dios?

Pero Chaves no se arredró:

—Mire, padre: yo soy un hombre de ciencia y sé que en el Universo todo es evolución. Algún día los científicos demostrarán que el Cosmos ha existido siempre, que, de una forma u otra, siempre ha estado ahí, eternamente. Ese día quedará claro que no es necesario un Creador.

—Ese día nunca llegará, amigo Chaves —replicó el padre, rotundo—. Los humanos desapareceremos de la faz de la Tierra creyendo en Dios.

—Puede que sí. Pero eso será porque nuestros descendientes no sean capaces de expresar la eternidad en una ecuación. Dios sólo existe porque existe la ignorancia.

—La bendita ignorancia, Chaves, la gracia divina, la capacidad de creer en Dios porque sí... —el misionero se irguió resoplando en consonancia con su gordura—. Dios lo bendiga.

Contra el viento – Primer capítulo
Xavier Alcalá

Buenas noches.

—Buenas, padre. Que descanse.

Lo había molestado la pertinacia del cura, aquella constante provocación con gesto de mansedumbre, su ceguera para ver lo que él, Torcuato Chaves, veía y percibía dolorosamente: que los humanos no son más que partes infinitesimales de la masa universal, que cada cual es una nada fugaz a penas con derecho a disfrutar de su fugacidad.

Le pesaban los ojos. Palpó la cubierta y sintió que las tablas aún conservaban el calor del día. Preparó un rollo de cuerda como almohada y se acostó junto a un cajón que lo protegía del viento: quería estar solo, lejos de los compañeros que se acomodaban en las hamacas.

Todo era calma bajo el cielo estrellado sin luna. Todavía intentó reconocer alguna constelación pero el peso de los párpados pudo más que su voluntad de volver a la infancia, a las lecciones prácticas de astronomía...

Antes de dormirse, en los devaneos que preceden al sueño, entrevió imágenes raras: una pirámide de oro o de uranio, de un metal amarillo o gris, pero brillante, refulgente. Era una pirámide rodeada por otras, o la misma pirámide vista desde muchos ángulos. Había un mundo de pirámides ordenadas a lo largo de calles y avenidas que no eran siempre pirámides cuadradas, sino que se curvaban y redondeaban como las cúpulas de los templos asiáticos. Y por el bosque ordenado de construcciones pululaban seres que a veces eran hombres y a veces hormigas. Pero todos vestían túnicas cortas y llevaban los apéndices de la cara perforados por enormes alfileres de oro con la cabeza de brillantes...